



Mariano Melgar

CARTA A SILVIA

Por si logro mostrarte firmeza,
Por si, al fin, tus recelos se disipan,
La historia de mi amor, toda mi historia,
Voy a contarte mi querida “Silvia”.
Quizá al verla, tus ojos, tus ojos amorosos,
Te moverán siquiera mis desdichas
A que abandones tus sospechas falsas,
Y ese llamarse “Infiel”, con que me arruinas.
Veinte veces el sol repaso al cielo,
Y otras veinte la tierra sus delicias
Mostró, en la primavera, desde el punto
En que comenzó el curso de mi vida;
Y en tantas veces, nunca en mí se vieron
Los fuegos del amor, ni sus fatigas:
Libre por eso, alegre y satisfecho,
Ni la pena ni el llanto conocía,
Y clamaba, al mirar a los amantes:
“No he de sufrir de amor las tiranías.
Nunca seré vilmente subyugado
Por este amor que halaga y esclaviza”
Pero ¡instante fatal! Llego el instante
En que debió empezar mi entera ruina,
Cuando jamás ose mirar de lleno
De una mujer el rostro, vino el día
En que pasan mi vista por los ojos
De una joven amable, halle su vista
Clavada en mí: quite mis ojos luego;

Pero no se por que se me ofrecía
Que en ella algún amor ya comenzaba;
Y esta idea halagüeña y seductiva
Me hace volver, no bien determinado,
Hacia el objeto que ahuyento mi dicha.
Tres veces volví a ver sus vivos ojos,
Y tres veces halle que me veían:
Ya no fui mio, fui del amor solo.
Esos pequeños ojos que lucían
Y me hablaban al alma me robaron
La paz, el corazón y el alma misma,
Mas combatí este amor, vencí su fuerza,
Delibere, y en calma bien tranquila
Resolví en largo tiempo deshacerme
De otros deseos, que antes me movían,
Y a ligarme con lazos de Himeneo
Mi sensibilidad, al fin, me inclina.
Aun no te conocía: entonces sola
Hubieses sido dueña de mi vida.
Volví a ver, por acaso, aquella joven
Que me había encendido con su vista
Y volví a arder, al punto, en fuego vivo,
Y empezó mi penar y mi agonía.
Hiciele ver mis ansias, y resuelto
Le proteste ser tuyas mis caricias;
Le jure eterno amor, si el amor suyo
Ella invariable para mi encendía.
Te vi después, ¡ay Silvia! ¡Que atractivo!
Mas no pude vencer mi fe ofrecida:
Tanto como esto cumplo mi palabra,
No te ofendas de que hablo sin mentira;
Ves aquí mi verdad y mi firmeza,
Tu atractivo mayor no me vencía;
Y Melisa mi dueño siempre fuera,
Si no me hubiese herido su alma altiva.
La ingrata, que al principio demostraba
Pagar mi amor, se muda, y en el día
Ante ella proteste que sus desvíos,
Si continuaban luego, con justicia,
Me harían apagar mi fuego ardiente.
No lo creyó, sin duda, siguió esquivar,
Y yo supe cumplir con olvidarla.
Por más que mi dolor se me oponía.
Seis lunas no duro, ni durar pudo
Una pasión tan mal correspondida
Y luego que fui libre ¿Quién pudiera
Cautivarme, si no es mi dulce “Silvia”?
Así es que libertad ninguna tuve.
De unas a otras cadenas, en un día,

Pase, y fui tuyo luego que fui mio.
La halagüeña esperanza colegiada
De una respuesta ambigua de tus labios,
Animo mi alma, que en tu amor ardía.
Por horas este fuego se aumentaba,
Y del otro acabo hasta las cenizas.
Y a la manera con que las estrellas
Que en medio de la oscura noche brillan,
Desparecen absolutamente
Luego que el claro sol nos ilumina,
¡Con cuanta indiferencia desde entonces
Miraba yo a la pérfida Melisa!

Sus amantes, su amor, sus relaciones,
Su indolencia, sus gracias, ni sus iras
No tuvieron ya más para conmigo
Ni un rostro del poder que antes tenían.
Tu sola eras objeto de mis ansias:
Tu sola, desde entonces, me dominas.
Ver tu rostro, fue ver mi gloria entera:
Dejar de verte, fue perder mi dicha.
A toda hora a tu lado estar quisiera,
Y cuanto más te veo, más tu vista
Deseo prolongar siglos enteros;
Tanto el deseo de tu amor me incita,
Y tanto me encendía la esperanza
De que habías de quedar al fin por miá.
Siete veces lleno la luna hermosa
Su blanca redondez, sin que benigna
Me dijese, “Te quiero”; mas en tanto
Tu amoroso semblante lo decía
Débilmente al principio; mas creciendo,
Cual crece sin sentir la luz remisa,
Desde el débil crepúsculo primero,
Hasta que salta el sol y la orbe anima,
Así tu, de una mera complementaria.
Dándome a cortos tragos la alegría
Pasaste a darme tu sencillo pecho,
Porque de un golpe solo tanta dicha
Mi vida no acabase. Y sin embargo,
¿Quién creyera que es esta tragua misma
infeliz fuese yo? ¿Mas como puedo
Dejar de serlo, si con ansias vivas
Un instante, siquiera, que me hablastes
Deseaba, y mi cruel suerte impedía?
Ni aun ese instante solo me dejaba
Disfrutar una vez de tal delicia,
Y aun cuando resolviste consolarme,
Fue cuando ya los hujos de la envidia,
Me contaron el medio de mirarte.

¡Que funesta es mi suerte, amada “Silvia”!
Mas con todo, ya supe que me amabas.
Lejos de aquí el amor de la lascivia
No es amor ese, que es brutal instinto,
Es un bajo querer, en que delira
La pasión sola, la razón se esconde,
Y el amante brutal que se desviá,
Quiere, procura, gime, clama, y llora
Por fin consigue, y al momento olvida.
Amor para que sea permanente
Debe ser como el nuestro, “Silvia” miá.
Libres de sentimientos corrompidos,
Corazones trocamos; de las vidas
Una vida no mas quisimos ambos:
'Que suerte tan feliz me prometía!
Todo el poder del cielo en favor nuestro
Contaba va, y la envidia sometida.

Porque el cielo benigno, ¿Que otra cosa
Puede proteger mas tu mano piá,
Que una inocente unión de dos amantes,
En quienes puso la bondad divina
Con su imagen, unidos corazones,
Para que amen su ser, y en paz tranquila
Vivan, hasta ligarse en Himeneo,
Y más que amantes, ya ligados vivan.
Así debía ser. Pero ¡Alto arcano
Del ser piadoso, que me martiriza!
En medio del placer que disfrutaba
Al mirar tuya mi alma, y tu alma miá,
La parca fiera, con horrendo golpe,
Nuestro apoyo mayor corto en sus iras.
No hay más: para llorar solo he nacido.
Largo tiempo hace, pero todavía
No puedo recordar tan triste escena,
Sin regar con el llanto mis mejillas.
Acuérdame del deplorable instante
En que, cual rayo mortal, la noticia
De su muerte imprevista a mi oído llega.
¡Oh madre! ¡Oh madre! ¿Cómo tus cenizas
Pudiera ver al menos? ¿Quien me diera
Saber entonces que tan presto te ibas?
Mi corazón te hubiera descubierto...
¡Oh dolor sin igual! ¡Oh muerte impía!
Yo vi mustios aquellos mismos labios
Que una hora antes mi efecto defendían;
Yo vi cerrados en eterno sueño
Aquellos ojos cuya tierna vista,
Por mío eternamente aseguraba
Con mudo hablar el corazón de su hija.

Muerta vi a quien murió por protegerme,
Muerta vi a quien murió dándome vida,
Lloremos juntos nuestra igual desgracia,
Lloremos juntos, mi querida “Silvia”,
Madre igual de los dos fue: en su ternura
Los dos perdimos una madre misma.
¡Ay, compasiva madre! Eternamente

Grabada te veré en el alma mía
Llorare, venerando a todas horas
Tu alma inmortal, tus frías cenizas.
En mi pecho sellado esta tú nombre;
Sobre el derramo lagrimas continuas;
Solo tu amor en tanto desconsuelo
Pudo guardar mi vacilante vida.
Pero. ¡Ay “Silvia” este amor me dio otra pena.
Llorábamos tú y yo tan imprevista
Fatalidad, y ver el caro cuerpo
De una madre tus pasos dirigías,
Cuando tu débil corazón se rinde,
Al peso enorme de la cruel fatiga;
Un desmayo te asalta: ¡dicha grande
Fue que cayeses en las manos miás!
Mas ¡que dolor! Tener entre mis brazos
Moribundo el semblante de mi “Silvia”;
¿No profanara yo tu puro efecto
Con una acción a que el amor me incita?
Pero ya que la suerte me la ofrece
Solo es para doblar las ansias miás.
Muerto mi apoyo, “Silvia” moribunda,
¿Cómo pudo durar mi débil vida?
Para llorar nació, no hay duda alguna,
Sin darse tregua vienen, se conspiran,
Y en mí, de un golpe, dan las grandes penas,
Y morir no me dejan, porque viva
Para victima eterna de sus fuerzas.
¿Para qué es más? Atiende, prenda miá,
Mira a tu amante en este aciago punto,
Victima triste de su pasión viva;
Y no aumentes mi llanto con decirme
Que soy infiel, cuando por fiel sentía.
Solo amor como el mío, interés tanto
En esta situación por si afflictiva
Pudo tomar; y amor que así padece,
Nunca se apaga, ni aun se debilita.
Así lo has visto, y van dos primaveras,
Desde aquel duelo, sin que en mí se extinga,
Sin que deje de arder con fuerza nueva
Este sincero amor que te ofrecía.
Tu sabes los motivos que a encenderme

En el primer amor siempre conspiran;
Sabes que a abandonarte me provocan
Mis amigos, tentando la codicia;
Sabes que aun la fortuna me hace guerra,
Negándome sus bienes, siempre esquiva;
Pero sabes también que nada pueden
Contra mi tantas fuerzas reunidas;
Ni han bastado a mover mi pecho firme
El desprecio y los tiros de la envidia,
Con que los tuyos sin razón airados.
Me ultrajan y persiguen a porfiá.
Te he amado, te quiero, y he de amarte
A pesar del furor con que me miran;
Para más gloria mía y triunfo tuyo
Sera el que formen nuevas tentativas.
Has dicho que te traigo la miseria,
Porque ya la fortuna, que vacila,
Robo a mis padres, y a mi anhelo niega
Sus bienes pero a nadie tiraniza
La suma providencia, y entre presto
Trocada han de mirar la suerte miá.
Yo poseo y tendré, merced al cielo,
El caudal de los que aman la justicia.
El sudor de mi frente ha de traerme
Lo que en un testamento no hallaría,
Pero tiemblen los míseros que tienen
El oro, que se pierde o se disipa,
Por el único don que hace apreciable
Y digno de tu mano al que la pida.
Tiemblen, porque es afrenta que así muestren
Que a remate una esposa dar querían;
Y tiemblen mucho más, porque es el mundo
Un teatro que muda sus cortinas,
Y en dos momentos pasan sus actores
De la gloria más alta a total ruina.
No me alegrare yo, que antes deseo
Que el pió cielo tu labor bendiga;
Pero ellos pueden verse en el estado
De humillarse a quien tanto perseguían,
Y decir, a despecho y pesar suyo,
Que es el oro una alhaja quebradiza,
Y es nada comparado con una alma
Que busca la honradez y se ilumina.
Entre tanto, yo sufro sus enojos
Y tolero el desprecio en que me pisan;
Y si sufro y tolero, es solamente
Porque más que mi gusto quiero a Silvia.
Después de tantas pruebas, una sola
Faltaba de mi amor, que no varía,
Y era vencer la poderosa ausencia,

Negándome a esperanzas muy floridas.
Los míos, tan opuestos a este enlace,
Como los suyos, hacen que en un día
Pierda a mi “Silvia”, pierda en ella todo,
Y vague sin mi bien, en otros climas.
Allí muy lisonjeras esperanzas
A larga residencia me convidan.
Venus me ofrece en copas abundantes
El vino en que ponzoña nos propina.
Con que delira el hombre más prudente,
Y el más amante, de su bien se olvida.
No me abandona el cielo; no lo escucho;
Mas Minerva me halaga, y atractiva
La ilustración me mueve fuerte guerra,
A los sabios ilustres yo veía,
Y con ansia a su lado estar deseaba,
Y oírles y aprender... ¡ay dulce “Silvia”!
No te hice sacrificio semejante
Al que te hice esta vez en mi venida.
Esto si que demuestra que del todo
Se estrello en mi pasión mi fuerza antigua.
Desde que mi razón tuvo ejercicio,
Procuraba adquirir sabiduría,
Mas que el avaro busca los tesoros,
Mas que el conquistador busca provincias:
Poseer, si dable es, toda las ciencias,
Fue toda mi ambición y mi codicia.
Allá en la tierra donde fui arrojado,
Pude satisfacer mis ansias vivas,
Y deje la esperanza de llenarlas
Por volver a mirarte, y que mi vista
Impidiese el olvido riguroso,
Que ya en tu pecho con razón temía;
Pues siempre el soplo de la ausencia apaga
El fuego débil, el violento aviva.
Te he visto, y cuando ya contra mi pecho
No se levantan manos enemigas,
El grave peso que me oprime ahora
Tu le descargas con tus manos mismas.
¿Es posible que así me correspondas?
¿Creíble que tu misma me persigas?
¿Porque, dime, presumes que te engaño?
¡Y me lo dices, y me martirizas!
¡Ay “Silvia”! No es extraño que quien falta,
Igual falta en su amante hallar conciba.
Tu falta al amor que me ofreciste,
Porque, como si fueses mi enemiga,
Me ocultas tus intentos, no me dices
Tus sustos, ni tu amor, ni tus fatigas.
Si alguna vez tus labios dicen algo,

Es solo a fuerza y por instancias mías.
“Silvia”, eso no es amor, ni puede serlo;
Por aquí se conoce que me miras
Como a un hombre traidor o fementido,
Contra quien precaverte necesitas.
¿Y es este el premio que mi amor merece?
¿Así se paga la ingenuidad mía?
¿Que cosa pienso yo que no lo sepas?
Gustos o penas siempre a tu noticia
Hago que pasen, porque amor me enseña
Que al instante que tu llegas a oírlos,
Mis penas amenguan, y mis gustos crecen.
Pero tu amor apenas se divisa
Por entre tantos velos con que cubres
Lo que sufres, o gozas, o imaginas.
Este cruel resalte es mas funesto.
¿Qué piensas? Pues no solo me contristas
Con la sospecha de que me amas poco;
Sino que, para colmo de desdichas,
Me impide el porvenir los muchos males
Que tu injusto silencio me suscita.
Acabamos de ver un triste afecto,
Que casi nuestros lazos aniquila:
De repente en el caso inesperado
Me halle, de que faltase quien creía
Seguro apoyo de nuestros proyectos.
Ignoraba yo entonces que dirías;
Te propongo, indeciso, que resuelvas,
Porque así proponertelo debía,
Cuando ignorando el colmo de tu afecto;
Y este mi proceder luego te irrita
¿Pero es culpable mi razón acaso
Porque tus pensamientos no adivina?
¡Ay! Dime “Silvia”, todo lo que sientes:
Descubrelo a mi amor tu alma sencilla,
Sepa yo cuanto piensas; y ya entonces
Seré dichoso, viendo tu franqueza,
Y prevendré los golpes que hoy me minan.
Mira como yo te hablo y te demuestro
El ultimo repliegue, en que registras
lo mas hondo de mi alma; mira como
Esta franqueza mi pasión te avisa.
Ya puedes ver en ella que amor tanto
Muy rara vez se encuentra; y si examinas
Las protestas y amor de otros amantes,
Solo has de hallar mudanzas y mentiras.
Ellos hablan con fuerza de sus fuegos;
Ansias, firmeza, amor, tormentos pintan;
Pero ¡Que lejos va su negro pecho
De lo que por sus labios se publica!

Testigo es el olvido que de cerca
Siempre sigue a su llanto y sus caricias.
Yo sí, que digo lo que siento adentro:
Mi pluma escribe lo que el pecho dicta;
Y esos mismos motivos que me alegas,
Como si fueses mal correspondida.
Esas reconvenciones en que a veces
Me quejo de tu ceño y tiranía;
Si las quieres mirar, como deberías,
Hallaras que mi amor me las inspira.
No dudo que si atenta reflexionas
En lo que mi firmeza califica,
Confesaras por fin que te soy fino;
Y esta confesión tuya hará mi dicha.
Si no, veré apagarse infelizmente
Tu amor, y en situación tan enemiga,
Para olvidarte corto fuera un siglo,
Y aun para lamentar corta una vida.
Ni me contento solo con que cierta
Quedes de mi ternura dulce y fija.
El haber sido fino, haber guardado
Mis promesas hasta hoy, tan bien cumplidas,
Me da derecho para que otras nuevas
Que te voy a afirmar creas benigna,
Y en ellas veas, con mi amor presente,
Nuestro amor venidero y nuestras dichas.
Día vendrá y bien presto, en que a presencia
Del sacro altar, con ceremonias piás
Juremos al Eterno ser amantes,
Y allí nos de el su bendición divina.
Entonces ¡Oh placer, por el que nada
Me parecen ahora mis fatigas!
Yo diré “Tuyo soy”; y tu “soy tuya”,
Y enlazados el resto de la vida
Pasaremos... Entonces mi contento
Sera estar siempre con mi dulce “Silvia”,
Y no apartarme de sus bellos ojos.
Mientras la ocupación me lo permita,
Horas enteras una misma cosa
Haré que tus acentos me repitan.
¿Me han de constituir las justas leyes
Cabeza de tan dulce compañía?
Pero ellas mismas ha de recordarme
Que eres mi corazón, mi alma y mi vida.
Preceptos de obediencia y de amor solo
Serán los que nos rijan; y una misma
Ha de ser siempre la voluntad nuestra.
El trabajo, el dolor me harán que gima;
Mas volviendo mi “Silvia”, a tu regazo,
El desahogo hallare que apetecía.

Sera el poder ponerla entre tus manos,
Toda ella entera, intacta e indivisa;
Porque ni mi ternura ha de acabarse,
En horrible adulterio, ni tus miras
Han de ser otras que quererme solo.
Ni la disipación, ni la avaricia
Dominaran tu pecho ni mi pecho;
Un querer, u amor, un alma misma
Sera, en fin, la raíz siempre fecunda
De los bienes que busca el que se liga.
¡Ah! Que no es esta la infelice suerte
De millares de esposos, que se miran
Gimiendo bajo el peso insoportable
De la unión que buscaron como dicha.
Más no por eso creas que son sueños
Los gustos que hoy mi pecho te imagina:
No “Silvia” aquellos son desventurados
Porque un errado fin los dirigía.
¿Como hemos de extrañar que lllore airado
El esposo que no halla la medida
De sus deseos de oro siempre llena,
Si nunca puede hartarse la codicia,
Y al desposarse fue su objeto solo
La dote pingüe de su esposa rica?
¿Qué hay que admirar en otros infelices
Que a otros amantes vuelven sus caricias,
Profanando el sagrado desposorio,
Con el mas negro crimen de lascivia,
Si la lascivia fue su norte solo
En la pasión brutal que nos unía?
¿Cómo se ha de esperar que gusto tengan
Los esposos incautos que prescindan
De la virtud, que es único cimiento
Que puede sostener feliz la vida?
¿Ni como creemos que hay contento
En los esposos que su yugo miran,
Y miraron al tiempo de ligarse,
Como una carga dura y opresiva?
No, mi querida “Silvia”, las coyundas
Con que unce el Ser Supremo almas sencillas
Son vínculos de amor, vínculos dulces,
Vínculos de amistad estable y fina.
No se hace mas el día de las bodas
Que llamar al eterno a que presida
Aquella unión que la naturaleza
Por medio del amor antes inspira .
Su santa bendición nuestros afectos
Arregla, les da fuerza y los confirma.
Dos esposos son siempre dos amantes
Y mucho más que amantes todavía;

por lo demás, la santa providencia
De las almas que unió nunca se olvida;
Y en vano congojarse con el miedo
De que su auxilio falte en algún día.
Ni es de temer que amores inocentes
A la fuerza del tiempo al fin se rindan
Se cansara de amar aquel esposo
Quien al principio no amo con alma limpia,
Pero un amor que la virtud desea
Inmutable es forzoso que subsista.
¡Oh amor puro y sincero! ¡Oh dulce fuente,
Fecunda en sus gustos, y en placeres rica!
Tú eres alma de todo cuanto vive:
Tú los seres mejores multiplicas:
Tú ablandas la fiereza de los hombres:
Tú haces santa la estrecha compañía,
Que la virtud inspira a los humanos:
Esta es su alma, y tu, amor, eres su vida,
Virtud y amor: he aquí los firmes polos
Sobre que sin cesar los gustos giran
Para fieles esposos, entre el grupo
De cuidados que ofrecen a las familias.
Nada extrañan , si el cielo sabio y justo
pone tasa al caudal que solicitan;
Y cuando liberal les da abundancia,
Si un lujo criminal no la disipa,
El tesoro en sus manos es la herencia
Del infeliz y pobre que lo pida.
Los reveses, en fin, de adversa suerte
Como enviados del cielo siempre miran.
Sometense a ellos; y el omnipotente
Les da consuelo, si ambos le suplican.
Tal es el manantial inagotable
Del bien de los esposos, que dedican
Su conato a quererse sin mudanza,
Y a cimentar en la virtud de su dicha.
Esto es lo mismo que deseo tanto,
Y que espero gozar contigo “Silvia”.
Si inocente prosigues, si deshaces
Las vanas ilusiones, que te pintan
Como infiel a tu amante desgraciado;
Y si por fin, el cielo el mejor día,
Manteniendonos firmes, con su brazo
Nuestros mutuos deseos verifica.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

